

David J. Weber, *Bárbaros: los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 2007, 668 p.

Esta obra busca reconstruir la interacción entre los españoles y las “poblaciones indias independientes” en las últimas décadas de la era borbónica. Se trata, en palabras del autor, de una “historia de relaciones”, donde la pregunta central es de qué modo las ideas ilustradas, y más concretamente las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII, incidieron en las poblaciones indígenas establecidas en los límites de las colonias americanas, más allá del control político de España. Al mismo tiempo, Weber busca explicar la forma en que las acciones de estos pueblos indios independientes impactaron en la política imperial y en el comportamiento de los españoles, tanto funcionarios como colonos.

Se trata de un excelente estudio comparativo con un sólido aparato crítico —casi 200 páginas de notas y una muy extensa bibliografía— que recopila y sintetiza buena parte de las obras escritas en las últimas décadas sobre el tema de las fronteras del imperio español en América. Sustentado en estas fuentes secundarias, Weber construye una impresionante visión de conjunto, que hace evidente que estos espacios diversos y lejanos tenían más elementos en común entre sí que con los centros coloniales a los que han sido tradicionalmente asociados. Así, la dinámica generada en la frontera entre españoles y apaches, comanches, cherokees o seminolas en el norte novohispano, guarda grandes similitudes con lo ocurrido entre los lejanos charrúas, pampas y patagones sudamericanos, o con los misquitos y guajiros en Centroamérica; similitudes que hasta ahora el carácter local o regional de los estudios históricos no había puesto en relieve.

Weber critica la tendencia de ciertos historiadores a caer en generalizaciones excesivas a la hora de examinar la política española hacia los indígenas, considerando incluso que la postura de la Corona se mantuvo inamovible durante los siglos de dominio colonial. Y si bien estudios recientes han podido superar semejantes “caricaturas” arribando a una mejor comprensión del imperio español, el autor considera también que la historiografía ha prestado escasa atención al impacto de las reformas borbónicas sobre las poblaciones

indígenas, exceptuando la expulsión de los jesuitas en 1767 y las revueltas de Túpac Amaru en los Andes a comienzos de la década de 1780, episodios sobre los que se ha escrito bastante. Cita también como excepciones los trabajos de Gibson, Farris, Patch, Smith, Taylor y Wortman, aunque señala que se concentran en los “indios domésticos”, dejando a “los indios no conquistados fuera de la historia”.

La obra de Weber se propone subsanar este vacío historiográfico. En un primer capítulo, la expedición científica de Alejandro Malaspina a los dominios hispanos en América en 1789, es tomada como punto de partida para analizar el modo en que las ideas de los pensadores ilustrados llegaron a proponer nuevas respuestas al viejo debate sobre la naturaleza y las capacidades de los indios. Frente a la pregunta de si la “barbarie” de los indígenas americanos era una condición natural o el resultado de las circunstancias medioambientales, una minoría de españoles ilustrados abandonaron las explicaciones sobrenaturales a favor de análisis arraigados en el mundo natural. Bajo el influjo de las ideas evolutivas de Montesquieu y Rousseau, estos hombres buscaron explicar la conducta indígena a partir de su entorno físico y humano, en lugar de atribuirla a una depravación o perversidad innatas. De tal suerte, los indios pasaron a ser vistos como “seres racionales capaces de comportarse como los consumidores y productores europeos”. Y si bien quienes sostenían esta postura constituían una minoría, Weber sostiene que estos pensadores ejercieron una influencia extraordinaria sobre las relaciones de los españoles con los indios independientes en diversos ámbitos.

En el segundo capítulo, el autor analiza los diversos modos en los que la presencia hispana modificó la dinámica de los pueblos indios que para el siglo XVIII, aún sin haber sido sometidos, establecieron diversos niveles de contacto con los europeos, lo que alteró su organización, su economía e incluso su identidad. Destaca la formación de identidades regionales y confederaciones antes inexistentes; la creación de unidades políticas mayores, que se convirtieron en los nuevos fundamentos de las identidades; el establecimiento de liderazgos de mayor permanencia, originados en parte por la guerra constante, así como la adopción de ciertos rasgos de la cultura material: el uso de armas y la incorporación del caballo y el ganado, elementos que transformaron de manera importante su existencia. Asimismo, Weber señala que la presencia hispana intensificó el proceso de intercambio de elementos culturales entre grupos indígenas

distintos. Así, se dio el caso de pueblos que adoptaron las creencias, ciertas prácticas e incluso la lengua de otro grupo indio más numeroso o mejor organizado; el ejemplo más conocido es la “araucanización” de los indios pampas y patagones.

Una vez definidas las características de los actores principales de su historia —los españoles influidos por la Ilustración de un lado, y los indios independientes pero aculturados del otro—, Weber analiza el modo en que interactuaron a lo largo de las fronteras del imperio en las últimas décadas del siglo XVIII, fundamentalmente durante el reinado de Carlos III. El análisis gira en torno a cuatro temas centrales: las misiones, la guerra, el intercambio comercial y la diplomacia —cada uno analizado en respectivos capítulos—, ámbitos en los que de acuerdo con el autor, es posible ver un cambio en la política hispana frente a los indios, derivado en parte de la influencia ilustrada.

El análisis exhaustivo contenido en la obra de Weber cumple con creces su cometido de mostrar similitudes y peculiaridades de los espacios fronterizos del imperio español; asimismo pone de manifiesto que, más que límites o líneas divisorias, las fronteras eran amplias zonas de contacto, donde indios y españoles conocían y aprendían sobre las costumbres del otro, desarrollaban fuertes vínculos informales y “descubrían compatibilidades entre sociedades que algunos de sus compatriotas (así como ciertos historiadores) consideraban incompatibles”.

Finalmente, es interesante señalar que a pesar de que el autor reconoce la notable influencia de las ideas ilustradas en diferentes ámbitos de la relación entre indios independientes y españoles, concluye que en realidad “era el poder, más que el poder de las ideas, lo que determinó el modo en que los españoles ilustrados trataban a los bárbaros”. En este sentido, señala, las ideas de “trato suave y amoroso” hacia los indios independientes y los recién integrados, la diplomacia como medio de acercamiento, los acuerdos escritos, y el comercio como medio de integración, se aplicaron allí donde la Corona se veía incapaz de someter por la fuerza a los pueblos indios. De tal suerte, concluye Weber, la política borbónica frente a los indios no sometidos estuvo dominada por el pragmatismo, mucho más de lo que usualmente se reconoce.

Raquel E. GÜERCA DURÁN

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México